PRECURSORA DEL SOL

TIERRAS DEL VIENTO AMARGO

Aventuras de Jérôme Pallars

Iker Izquierdo

PRECURSORA DEL SOL

CATAY 佳台書店

Biblioteca **Creativa**

PRECURSORA DEL SOL:
TIERRAS DEL VIENTO AMARGO.
AVENTURAS DE JÉRÔME PALLARS



Biblioteca Creativa

Editor, Miguel Rubio Lastra, Ediciones Catay Co. 佳台書店

© 2026, Iker Izquierdo
© 2026, Ediciones Catay Co. 佳台書店
© 2026, Miguel Rubio Lastra, de la cubierta

40758, Taichung (Taiwán)
edicionescatay.com

Primera edición, noviembre de 2026
ISBN 978-626-92755-7-1 (tapa blanda)
ISBN 979-814-01292-7-9 (tapa dura)

Cualquier forma de reproducción, distribución,
comunicación pública o transformación de esta obra
solo puede ser realizada con la autorización escrita de sus titulares,
salvo excepción prevista por la ley taiwanesa.

Sobre la saga «Tierras del viento amargo»

> Pero toda novedad y primavera penden del corazón del hombre, y es este quien elige las estaciones, las ardientes amistades, las canciones, los caminos, la esposa y la sepultura, y también las soledades, los naufragios y las derrotas.
>
> ÁLVARO CUNQUEIRO, *Las mocedades de Ulises*

En los albores del siglo XX, soplan vientos de guerra y revolución en las tierras civilizadas y agrestes del nordeste de Asia. Desde los montes y valles de Corea hasta las estepas de Manchuria, desde las tierras vírgenes del Extremo Oriente ruso hasta la vieja planicie de la civilización china, imperios viejos y nuevos —la Rusia zarista, el turbulento Imperio Qing, el Japón Meiji y las potencias europeas— mueven sus piezas en un juego mortal por la supremacía de la región.

Este es el turbulento tapiz en el que se entrelazan los destinos de Jérôme Pallars, un joven soldado español exiliado por un trágico incidente, y Miyuki Imagawa, una japonesa con el sueño de ser escritora y una vida que transita senderos no escogidos.

A lo largo de esta saga, Jérôme y Miyuki se enfrentan no solo a la brutalidad de la guerra y la revolución, sino también a los complejos lazos que forjan sus propios corazones, los reveses de la historia, las alegrías, las penas, el pasado y la familia; y en fin, al correr de un viento que barre la tierra dejando un sabor amargo.

Dedicado a mi amiga Chae Na-yeon, el misterio tras el humo del cigarro.

¡Adiós, luna de mi alma,
piadosa compañera de mis noches,
tú con tu pobre lumbre
prestada y de reflejo
estrujaste dulzor de mi tristeza;
tú guiaste mis pasos inseguros
de la penumbra en medio,
tú templaste la ausencia
del Sol porque suspira mi alma toda;
tú fuiste mi consuelo,
faro de mis eternas correrías,
centro de mis anhelos,
precursora del Sol!

MIGUEL DE UNAMUNO, *Alborada espiritual*

ÍNCIPIT

Fue en la época del gran terremoto de julio cuando recibí un regalo muy especial de mi amigo Mateo Cortina[1]: una estupenda colección de documentos y objetos de toda clase repartidos en innumerables cajas meticulosamente embaladas. Aunque mantenemos contacto habitual por LINE y por correo electrónico, no me avisó de esta remesa. Aún quedaba mucho para mi cumpleaños, lo que unido a la escala del envío descartaban la posibilidad de que fuera un regalo al uso.

Cuando Sayako regresó a casa después de trabajar, casi le da un soponcio al ver nuestro diminuto apartamento de Ueno invadido por el equipaje de Isabel de Baviera o algún otro noble europeo de esos que necesitaban varios carromatos para mudarse de un sitio a otro. Sin embargo, como estábamos en nuestra etapa de «luna de miel», lejos de abroncarme y ponerse como un basilisco, se aprestó a utilizar su maravillosa cabecita para solucionar aquel lío. El único local comercial de nuestro edificio estaba ocupado por un bar de copas en el que solíamos organizar nuestras sesiones de gintonic, al punto de que el dueño, Shinji, nos trataba como a miembros de su familia. Sayako habló con él y nos permitió colocar todas las

1 Mateo Cortina es el narrador y protagonista de la novela *El naufragio de los imperios.*

cajas en su almacén. Shinji, además, me dio la llave para que dispusiera del espacio cuando me diera la real gana.

Las bajamos una por una con ayuda de otro vecino. Una de las cajas me llamó mucho la atención por su tamaño y forma, de manera que no pude resistirme a abrirla en el mismo apartamento. Cuál sería mi sorpresa cuando, tras desenvolver con cuidado el objeto, me encontré con un hermoso sable guardado en su vaina. Dentro había una tarjeta que decía: «Sable de Jérôme Pallars, el Zorro de Manchuria. Regalo del capitán Rodelas en Manila, aproximadamente a finales de agosto de 1899».

En los días siguientes, encerrado en el almacén de Shinji, pude desentrañar el misterio del sable y del regalo de Mateo. Las cajas estaban numeradas, así que abrí la consignada con el número uno, en la que había una larga carta de mi amigo donde daba explicación a todo. La historia era de lo más rocambolesca.

Varios meses antes del envío, Mateo recibió una llamada de su amigo Martín López Tellechea, quien afirmaba estar en posesión de una gran cantidad de documentos relativos a un personaje de su pueblo, Castro Urdiales, que había pasado completamente desapercibido a los historiadores, pero cuya biografía superaba en interés a las de Juan Van Halen o Eugenio de Aviraneta. El descubrimiento de los documentos se debió a Víctor Aguirre, archivero de la ciudad, a quien le fue encargada la tarea de clasificar el archivo de la familia Egusquiza-Pallars y de la conservera que poseyeron desde 1854 hasta 1923. Entre mucho libro de cuentas, contratos y otros papelajos comerciales, Aguirre dio con un mazo de cartas selladas en los sitios más inverosímiles: Manila, Shanghái, Mukden, Seúl, Vladivostok, etc.; muchas de ellas dirigidas a Dolores Pallars, hija del fundador de la conservera, Josep

Pallars i Virgili, y remitidas por su hijo Jerónimo Pallars desde 1899 hasta la muerte de esta en 1925. ¿Quién era este misterioso Jerónimo o «Jérôme» Pallars que enviaba cartas a su madre desde lugares tan lejanos e improbables para un español de la época? El misterio era demasiado jugoso para dejarlo pasar, pero la escala de la investigación pronto convenció a Aguirre de que necesitaría ayuda. De inmediato, lo puso en conocimiento de su amigo de la infancia, Martín López Tellechea, recién llegado al pueblo después de haber pasado veinticinco años en Taiwán. Este, a su vez, reconoció enseguida a la persona ideal para movilizar los recursos humanos necesarios en la investigación del personaje: Mateo Cortina. Todos sus contactos se pusieron de inmediato a trabajar en archivos de Rusia, China, Corea y Japón. El resultado fue una magnífica colección de documentos y objetos que fue adquiriendo a archivos públicos y privados de dichos países, para lo cual instituyó un fondo en el que sus amigos fueron aportando distintas cantidades. Entre los contribuyentes a este fondo figuran: Miguel Rubio Lastra, Enrique Uría, Javier Pérez Jara, Leonardo Pasamonte, Mikel Sanz, Roberto Ampuero, José Luis Fernández Castillo, Tatiana V. Schastieva, Nam Hyun-jeong, Daniel García, Fernando Darío González Grueso, Bree O'Hara, Iker Izquierdo, Song Ji-nah, Junko Ito, Pepe Campos Cañizares, Lope Carvajal y Gao Yijiao.

Una vez reunido todo lo que se podía reunir, Mateo Cortina quiso remitirlo al archivero Víctor Aguirre para su investigación, sin embargo, este se excusó diciendo que sus inclinaciones medievalistas le impedían comprometerse a una tarea que se presumía larga y, a la postre, a pesar del interés indudable del personaje, alejada de sus intereses. No obstante, se ofreció a clasificar y ordenar todas las reliquias y reenviárselas a Mateo. Ahora, la tarea consistía en encontrar a la persona

adecuada que pudiera sacar todo el jugo a Jerónimo Pallars. Ninguno de los historiadores a los que conocía mostraron especial interés en el asunto, por estar inmersos en otros proyectos. Al final, aconsejado por Iker Izquierdo, editor de este proyecto, decidió remitírmelo a mí por sorpresa, para que no pudiera negarme.

«Aquí tienes material suficiente para escribir varias novelas y una serie de televisión con cinco o seis temporadas», decía en su carta. «A lo mejor, después de popularizarlo, alguien se interesa por hacer una biografía de Pallars como Dios manda. Mucha suerte, ¡y a trabajar!».

En esta vida no he hecho otra cosa que trabajar, así que aquí les presento el primer fruto del regalo de Mateo. Sé que es una novela y que algunos de sus lances les parecerán inverosímiles. Créanme, hay más de realidad que de invención en todo lo que aquí se cuenta, hasta el punto de que, con sus acciones, Jerónimo «Jérôme» Pallars, quien llegó a ser conocido como «El Zorro de Manchuria», me ha hecho el trabajo muy fácil y placentero. Espero sinceramente que lleguen a disfrutar con los acontecimientos de su vida.

Sebastián Barrientos[2]

2 Sebastián Barrientos es el narrador de la novela *¡Sayako!*

PRÓLOGO

Manila, agosto de 1899

Un rayo de luz atravesaba los resquicios de la contraventana y revelaba miríadas de motas de polvo flotando sin dirección predecible en el centro de la habitación como la danza frenética de los mosquitos alrededor de un candil durante las noches de primavera. Algunas se perdían en la negrura, otras iban a estrellarse contra el cañón del *chopo*, ya muchos días apoyado contra la pared desconchada por la humedad. Jérôme Pallars entreabrió los ojos y calculó que el espléndido sol del trópico castigaba los muros de Santa Potenciana desde hacía varias horas.

—¡Arriba, señorito! ¡Que ya va siendo hora!

Violeta entró en la habitación como un vendaval, acudió derecha a la ventana y la abrió de golpe, dejando que el mundo estallase de luz y un aire húmedo y bochornoso inundase los pulmones de Jérôme, el cual se incorporó en su cama maldiciendo amablemente a la enfermera filipina.

—Aún necesito reposo —se quejó.

—¡De eso nada! —replicó Violeta con energía—. Esa pierna ya está lista para correr delante de los *toretes*. Además, el doctor Vigil me ha dicho que lo saque de la cama. ¡Ale! ¡Arriba!

Jérôme suspiró con resignación y se puso trabajosamente de pie utilizando el Mauser a modo de muleta, pero descubrió, a la vez con fastidio y alegría, que la pierna ya no le dolía al posar, así que volvió a apoyar el fusil en la pared y se acercó al lavabo para asearse. Violeta le había dejado una jarra de agua llena, una palangana para afeitarse y una esponja. La briosa enfermera salió de la habitación justo cuando entraba el capitán Patricio Rodelas.

—¡Buenos días tengamos! —saludó el militar—. O buenos mediodías, que ya casi es la hora de almorzar. Veo que ya le han obligado a levantarse. ¿Le duele?

—Ya no, mi capitán. Aquí me tiene, navaja en mano para quitarme esta pelusa y poder salir a dar un paseo sin asustar a las damas.

—¡Qué suerte tiene, Pallars! —exclamó Rodelas—. Yo ni afeitado, ni bien vestido, ni ensortijado atraigo al bello sexo. Usted solo tiene que acicalarse un poco y ya las encandila. Es lo que tiene la juventud.

—Exagera.

—Lo veremos mañana.

—¿Sigue eso en pie?

—Y tan en pie. Habrá discursos, brindis, cena y baile de honor para todos ustedes, héroes de la patria.

Rodelas terminó la frase con un punto de ironía no exenta de amargura.

—No somos héroes, solo gente un poco terca. O por lo menos lo es el teniente Martín Cerezo —observó Jérôme encogiéndose de hombros.

Rodelas se sentó en una silla mientras el joven seguía afeitándose.

—¿Se acuerda de lo que le dije hace un par de semanas? —preguntó el capitán tras una pausa durante la que encendió un cigarrillo. Jérôme negó con la cabeza —. Sobre la muerte del gobernador Las Morenas y de que sospechaban de don Saturnino.

—Sí, una tontería. Se supone que lo habría matado para quedarse con el tesoro del gobierno civil, y luego habría alargado el cerco para ganar tiempo. Ni pies ni cabeza. Además, todos estábamos allí. Murió de fiebres, y no fue el único.

—Ya lo sé —contestó Rodelas expulsando humo—. El rumor no se ha apagado del todo en España, según me dicen, y ahora el ministro de la Guerra ha pedido una investigación para aclarar definitivamente el asunto. Van a interrogarles a todos, a los treinta y cinco supervivientes.

Jérôme se volvió de súbito a mirar al capitán con gesto de preocupación. Este le aguantó la mirada y después asintió.

—No parece que eso me convenga—acertó a decir aún con la navaja en la mano y espuma en la mitad izquierda del rostro—. Saldrá a relucir el asunto de mi proceso.

—Y saldrá en la prensa aunque los exoneren a todos —observó Rodelas—. Me apuesto a que los únicos nombres propios que imprimirán serán el de Saturnino, Vigil y el suyo, por razones obvias.

Jérôme limpió la navaja en la palangana y se quedó mirando el agua sanguinolenta y blancuzca.

—Esto lo cambia todo —musitó al fin.

El capitán Rodelas apagó el cigarrillo en una jícara llena de colillas y se puso de pie. Se acercó a la ventana con pasos lentos y se acodó en el alféizar. Miraba indiscriminadamente

los tejados de la ciudad, algunos de ellos derruidos por las bombas estadounidenses.

—Lo he pensado mientras venía a verte —dijo dándose la vuelta y tuteándolo—. Si yo fuera tú, me iría a otro lado. Ninguna hazaña borra un crimen. Y menos en una sociedad como la nuestra, donde el chismorreo, las habladurías y los prejuicios reinan por sobre todas las cosas.

Jérôme lo miró dispuesto a replicar.

—No importa si eres culpable o inocente —se apresuró a decir el capitán—. La sospecha ya nunca abandonará tu nombre. Y perdona que me ponga grandilocuente.

—No tiene por qué ser así —repuso Jérôme enérgico.

—Eres muy joven y no has podido aún palpar las consecuencias de tu desgracia en España. Enseguida te mandaron para acá, donde a nadie le importa tu pasado, solo si eres un buen compañero de armas.

—¿Y qué quiere que haga? ¿Quedarme aquí?

—¿Tienes familia en América?

Jérôme terminó de afeitarse sin contestar. Luego, una vez lavado el rostro, algo contraído por los nervios, dijo:

—Tengo un tío que vive en Venezuela, pero no quiero molestarlo. Le pondría a malas con su hermano, y no quiero que nadie tenga problemas por causa mía. Sobre todo con ese hombre.

Rodelas se apartó de la ventana para acercarse a Jérôme. Lo ayudó a vestirse y le pidió que almorzara con él. Salieron al bullicio de la ciudad que había recuperado la viveza que la caracterizaba tras el terrible sitio que un año atrás había soportado. Dieron un paseo hacia el norte y cruzaron el río Pasig hasta el barrio de Binondo, cerca de cuya iglesia estaba ubicado el Hotel del Oriente. Entraron al restorán donde ya almorzaban varios extranjeros y algunos españoles. Rode-

las escogió una mesa apartada para poder seguir charlando sobre el problema que se le presentaba a Jérôme. El capitán intentó convencerlo de que se fuera a Venezuela con su tío y, una vez allí, podría trasladarse a otro lugar: México o la Argentina. Otra opción era quedarse en Filipinas con alguna familia española y pedir un traslado dentro del ejército a la guarnición de Guinea. Pero ninguna de las dos opciones atraían a Jérôme. Nunca le había interesado América, no tenía suficiente trato con ninguna familia española de Manila como para que lo acogiesen, y ni mucho menos pensaba pasar el resto de su juventud en el golfo de Guinea. Ya había tenido trópicos suficientes para el resto de su vida.

—¿Sabe, mi capitán? Tengo que hacerle una confesión que me da cierto apuro —dijo Jérôme mientras probaba la compota de frutas.

—Tan malo no será —contestó Rodelas.

—Cuando estaba en la iglesia de Baler —comenzó Jérôme con una media sonrisa— soñaba con volver a España y abrazar a mi madre, a mis hermanos, incluso a los criados. No veía el día en que se acabara el sitio. No pensaba en lo que me había llevado hasta aquí. Todo eso daba igual. Pero ahora… —suspiró—. Ahora que todo ha terminado no tengo tantas ganas de volver. Lo peor de todo es que incluso aunque no hubiera ocurrido lo que ocurrió en España y me hallara aquí porque soñaba con la gloria militar, como cuando era pequeño, creo que tampoco querría volver.

—¿Qué hay de malo en ello? ¿Se siente mal por su familia?

—Eso es. Sé que tengo una excusa bastante convincente como para no volver, pero lo que me mortifica es que en realidad no quiero regresar. Lo siento por mi madre y por mis hermanos, sobre todo por Rosita. Y por la Jimena.

—¿Cuántas novias tienes? —rio el capitán.